

MÁS ALLÁ DEL OCÉANO

BEATRIZ WILLIAMS



Amiens, Francia, 1916. El capitán Julian Ashford, un oficial británico en el frente occidental, es abordado en la plaza mayor por Kate, una joven y encantadora americana. Aunque es la primera vez que Julian la ve, Kate le descubre que dispone de información confidencial sobre su próxima misión.

Nueva York, 2007. La joven analista de Wall Street, Kate Wilson, dedica todo su tiempo y energía a sobrevivir en el frenético y competitivo mundo de las finanzas. Sin embargo, cuando conoce al legendario millonario británico Julian Laurence, no puede evitar ceder a la fascinación que le provoca este hombre guapo, inteligente y de un magnetismo descomunal. Pero ¿cómo puede haberse enamorado de ella tan rápida y profundamente? Lo que no sabe aún es que Julian ha estado aguardándola... aquella mujer que apareció entre las sombras de la Primera Guerra Mundial para salvarle la vida.

A mi esposo y mis hijos,
sin quienes lo demás no significa nada.

Amiens, marzo de 1916

La lluvia cayó con fuerza durante toda la noche hasta apenas nacido el día.

Llevaba la gabardina empapada hacía rato, y las amargas gotas seguían salpicándome la cara y las manos desde los adoquines próximos, marcando los minutos con su repiqueteo mientras los fieles entonaban los maitines en la catedral, al otro lado de la plaza.

En algún lugar recóndito de mi cabeza debió de registrarse el malestar; el resto de mi ser apenas lo notó. Me hallaba acurrucada en un banco de madera, al escaso abrigo del toldo a rayas verdes de un café y, como en trance, estudiaba la fachada oeste del templo. En el interior de tan vasto espacio se encontraba el honorable capitán Julian Laurence Spencer Ashford, con sus compañeros del ejército británico, recitando salmos y responsos e inclinando la cabeza ante su Señor. Pronto se pondría en pie y saldría, por una puerta reforzada con sacos de arena, a la plaza húmeda y sombría que nos separaba.

¿Qué iba a decirle?

Una ráfaga de agua golpeó de pronto el toldo que me cubría y rodó por los adoquines como una ola, estampándose después en los muros de la catedral; en ese instante, empezaron a sonar por toda la plaza las campanadas que señalaban el fin del servicio.

Me levanté, con el corazón desbocado aporreándome el pecho. Empezaron a emerger algunas figuras, envueltas en el aguacero y en la tenue luz de primera hora de la mañana, y durante uno o dos segundos, titubeé. Imaginé

nuestro encuentro, y un nuevo ataque de indecisión hizo que me flaquearan las fuerzas.

Pero entonces una idea distinta y más horrible se me pasó por la cabeza.

¿Y si se me escapaba?

Aterrada, salí como una bala de debajo del toldo y crucé a toda prisa la plaza. Eso no se me había ocurrido. No había pensado que esa figura tan familiar pudiera escapárseme y, sin embargo, según iban saliendo, uno a uno, reparé en que los oficiales británicos eran todos iguales. Todos vestían las mismas gabardinas de color caqui, llevaban las mismas gorras ajadas, lucían las mismas polainas con zapatos de piel oscuros. Parecían sacados de un libro de historia, de una película de guerra. No se parecían en nada al hombre que yo conocía.

Pero Julian estaba allí. Tenía que estar. Ese día, en esa ciudad, en esa catedral, había asistido al primer servicio religioso con otro oficial y había vuelto a pie al cuartel, una pensión próxima a la estación. Era un hecho histórico. Me aferré a ese pensamiento; me infundía valor. Explorando a las personas que pululaban ante mí, me dirigí decidida hacia un hombre vestido de caqui y lo detuve.

—Perdone —espeté algo ronca, luego me aclaré la voz—. Perdone, ¿podría decirme si el capitán Julian Ashford ha asistido al servicio religioso de esta mañana?

Me miró perplejo, ignoro si por la pregunta o por el acento americano moderno en que se la hice.

—Por favor —le supliqué en voz baja—. Es muy importante. Tengo un mensaje para él, un mensaje urgente.

—Sí, sí ha asistido —dijo el hombre al fin, volviéndose hacia la puerta—. Estaba sentado en las primeras filas; no tardará en salir. —Me miró de nuevo y abrió la boca como si quisiera decir algo más, pero se alejó deprisa.

Me quedé allí, dejando que la fría lluvia me resbalara por el cuerpo, con los puños pegados al vestido, apretándolos rítmicamente mientras esperaba. Salieron unos oficia-

les franceses, luego un grupo de enfermeras; residentes de la zona, todas mujeres; un oficial inglés solo, que no era Julian.

Y entonces lo vi.

«Julian». Era idéntico al Julian que conocía, pero, a la vez, tan distinto. Su rostro perfecto, sus hombros anchos y capaces, esa sonrisa que se dibujaba en la comisura de sus labios gruesos, la vista alzada a las nubes llorosas, la mano levantada para calarse aún más la gorra... Conocía muy bien todos aquellos detalles. Los había visto por última vez hacía solo una semana. Aunque los llevaba ocultos bajo el uniforme, tan parejo al de los hombres que nos rodeaban y tan distinto de la ropa moderna con la que yo lo conocía. Sentí que mi cerebro se dividía, incapaz de procesar ambas imágenes simultáneamente.

Observé que se alejaba, acompañado de otros dos oficiales.

—¡Julian! —lo llamé con una vocecilla quebrada que apenas yo pude oír—. ¡Capitán Ashford! —grité más fuerte—. ¡Capitán Ashford!

Ante aquello, se volvió y, con gesto confundido, buscó mi voz entre la gente. También sus compañeros se volvieron e inspeccionaron los rostros que los rodeaban, pero Julian me encontró antes, me localizó enseguida entre la multitud en movimiento. Torció la cabeza al ver que me acercaba, sin moverse ni un milímetro, evaluándome, con la lluvia brillándole en la piel bajo el leve fulgor brumoso de una farola cercana.

No me conocía de nada.

Aunque sabía que podía ocurrir, su gesto de perplejidad me impresionó de todos modos. No revelaba el menor indicio de reconocimiento. Yo era una extraña para él.

—Capitán Ashford, ¿tiene un momento? —dije, procurando ignorar el dolor, procurando ignorar su belleza y su magnetismo, y el devastador amor que sentía por él.

Él hizo ademán de objetar, de exigir una explicación, pero, en el último instante, su semblante pasó del recelo a la preocupación.

—¿Se encuentra bien, señora? —inquirió.

—Muy bien —dije, nerviosa, pero, en cuanto las palabras salieron de mi boca, noté que desfallecía, que empezaban a pitarme los oídos y las rodillas me flaqueaban. «No te desmayes, no te desmayes», me insté, a punto de desplomarme.

Directamente en los brazos de un Julian desconcertado.

1

Nueva York, diciembre de 2007

La mañana en que conocí a Julian Ashford desperté asaltada por la intensidad de un sueño que no lograba recordar del todo.

Por aquel entonces, puesto que no tenía motivo para creer sino en lo concreto y lo lineal, lo atribuí a la ansiedad. Solía tener pesadillas antes de una reunión de trabajo importante y me daba por satisfecha si conseguía dormir algo. Estas no eran muy imaginativas: llegaba tardísimo a la oficina pero avanzaba a cámara lenta, como si tuviera los brazos y las piernas de alambre, o me veía obligada a representar el papel principal de una obra de teatro que jamás había ensayado. Desnuda, por supuesto.

Sin embargo, aquel sueño era diferente. No se hallaba presidido por la ansiedad, sino por una especie de pánico, de tan doloroso casi agradable. Había estado hablando con alguien, con un hombre. Alguien a quien apreciaba mucho, y que a su vez me apreciaba a mí. Intentaba contarle algo importante, algo vital, pero no me entendía.

Apreté los ojos y traté de recordar los detalles mientras el latido rápido y firme de mi corazón me golpeaba con fuerza los tímpanos. ¿Quién era? No era mi padre, tampoco un amigo o un colega. Nadie a quien pudiera identificar. Su presencia se diluía y me abandonaba, me dejaba náufraga.

Abrí los ojos y miré al techo un momento, después salté de la cama, me duché, me vestí y salí corriendo al trabajo, pero el presentimiento persistió, como una diadema bien

sujeta a mi cerebro, aun cuando salí escopeteada de la boca de metro de Broadway con Wall Street y entré en el imponente y soleado falo de las oficinas de Sterling Bates, en cuya planta veinticinco me esperaba Alicia Boxer.

Madrugadora, Alicia; era su única virtud.

—¿Qué narices es esto, Kate? —me espetó a modo de saludo—. ¿De dónde salen estos ingresos? ¿Un diecinueve por ciento en el quinto año?

Alicia estaba sentada al fondo de la mejor sala de conferencias del banco, rodeada de paredes de madera, persianas de bambú y relajantes luces de baja intensidad, en elegante contraste con la decoración de los modernos cubículos del departamento de Bolsa, en el piso de abajo, al que me habían destinado temporalmente. En la mesa de caoba, delante de ella, se hallaban apilados los informes de la reunión de ese día, y su café de Starbucks, en vaso gigante de rojo navideño, peligrosamente cerca de ellos, perfumaba la sala de *latte* vainilla.

Me senté a su derecha, y recurrí a mi ingenio aún vivo.

—Creía que Charlie y tú habíais comentado los ingresos el viernes por la noche, antes del fin de semana —inquirí veladamente. Uno no podía enfrentarse a Alicia, salvo que quisiera que le endosase un fondo de pensiones en una ciudad perdida de Minnesota como próximo proyecto.

Aun así, levantó la cabeza y me miró furiosa. Tenía un rostro redondo, aniñado, tan discorde con su carácter que casi parecía una broma entre Dios y ella. Era hermoso, a su manera, sobre todo el llamativo azul de sus ojos de largas pestañas, si bien su pelo —corto y fino, con el que debía de querer parecer un duendecillo— sumado a su rostro rollizo y sonrosado le daba un aire de Campanilla en plena reacción alérgica.

Claro que mi opinión tampoco significaba mucho. Según Charlie, se acostaba con Paul Banner, director del departamento de Bolsa y mi actual jefe.

—Mmm. ¿Has olvidado maquillarte hoy, Kate? —preguntó, toda dulzura.

Cualquier otra mañana, esa clase de comentario —típico de Alicia, que echaba su leña menuda sobre la rabia contenida de sus subordinados— me habría enfurecido. Ese día ni siquiera me molesté en encogerme de hombros.

—En tu correo decías que viniéramos volando, y anoche Charlie y yo nos quedamos hasta tarde terminando la presentación.

Lo intentó de nuevo:

—¿No llevas un poco de colorete en el bolso? Te puedo prestar algo de rímel. Esto es una especie de pez gordo, ¿sabes? —Golpeteó la pila de presentaciones—. Southfield Associates es un fondo de veinte millones de dólares. Una presa de primera.

—Tengo brillo de labios.

—Bien. No vas a tener muchas oportunidades de coincidir con Julian Laurence. Más vale que se lleve una buena impresión.

—Bueno, volviendo a lo de los ingresos, también yo tenía algunas dudas anoche, pero Charlie me dijo...

—Charlie no tiene ni puta idea. Deberías saberlo. El incremento de los ingresos del quinto año no puede ser menor del veintitrés o el veinticuatro. ChemoDerma es una empresa en alza. ¿Tienes idea de cuánto suero facial vendieron el año pasado?

Conocía las cifras hasta el último dólar, pero sin duda la pregunta era retórica.

—Mucho —dije—, pero la patente vence...

—Que le den a la patente —espetó—. Quiero que modifiques la hoja de cálculo con un incremento de los ingresos del veinticinco por ciento en el cuarto y quinto año. Imprime una docena de copias y cambia la página en los informes. —Se levantó.

—Pero no es solo esa página. Un par de gráficos se basan en esas previsiones...

—Cámbialos todos.

Miré el reloj de la pared.

—¿No llegaban los de Southfield a las once? Y Banner quiere que nos reunamos a las diez cuarenta y cinco.

Alicia se pasó la lengua por el borde del labio superior.

—Vamos, Kate, ¿y ese dinamismo por el que te contratamos? Busca un becario.

Cogió su *latte* y abandonó la sala.

—Gracias por venir —le gruñí a Charlie cuando lo vi entrar nervioso en la sala de conferencias dos horas más tarde. Yo estaba inclinada sobre mi portátil, repasando las últimas diapositivas de mi presentación y confiando en no haber pasado por alto ninguna alusión a las nuevas previsiones de ingresos.

—Lo siento, tía. Se me ha caído la BlackBerry debajo de la cama. ¿Está ya todo? —Señaló la pantalla de plasma de la pared, conectada a mi ordenador.

—Casi. —Pulsé de nuevo sobre la diapositiva inicial y me erguí. Tenía la espalda y el cuello rígidos por la tensión; me llevé la mano a la zona cervical para masajearmela.

—Molas. —Dejó dos vasos en la mesa—. Una oferta de paz. Moca a la menta, supercaliente, ¿no?

Miré el vaso.

—Gracias —dije, y sumergí la nariz en el delicado vapor de chocolate y menta. La tensión se disipó un poco—. ¿Dónde está Banner?

—¿No ha llegado aún?

—Pues no. —Se abrió la puerta y entró el becario tambaleándose bajo una pila de presentaciones. Me levanté de un brinco, le arrebaté una y busqué las páginas que había cambiado. Todo en orden—. Gracias, majo —mascullé.

—Sin problema. Pero háblale a Banner de mí.

—Claro, claro. —Dejé caer de golpe los informes sobre la mesa y lo despaché, pero no se fue inmediatamente. Va-

ciló, entre la mesa y la puerta; yo me volví a mirar justo a tiempo para verlo dar media vuelta meneando la cabeza con desdén.

Lo llamé.

—Espera. Lo siento, de verdad. ¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Doyle. David Doyle.

—Te pondré por las nubes, lo prometo —le dije, y sonreí.

—Impresionante —dijo Charlie, riendo, al tiempo que David Doyle salía pitando por la puerta—. Lo tienes en el bote.

—Lo dudo. Bueno, ¿dónde anda Banner? —repetí—. Son las once menos diez.

—Con Alicia, seguramente, haciendo los honores. Banner no permitirá que nadie le robe protagonismo delante del puto Julian Laurence.

—Pues debería preocuparle más la presentación.

Charlie se dejó caer con naturalidad en una de las sillas giratorias y empezó a dar vueltas.

—Kate, nadie de por aquí conoce siquiera a Laurence. Ignora a los analistas y los informes de bolsa.

—El típico gilipollas, seguro. Ya sabes cómo son los de fondos de protección. —Me levanté y me acerqué al monitor de la pared para ajustar la pantalla.

—Kate, Laurence no es un inversor cualquiera. Es «el» inversor. Ha llevado Southfield de cero a veinte en unos siete años. Ese tío es un puto cerebrín. El no va más.

Oí el chirrido rítmico de la silla de Charlie, que giraba en ambas direcciones, y sonreí al monitor de televisión. Era un tío guapo, Charlie. Ya casi no reparaba en ello porque había estado viéndolo todos los días de mi vida en los últimos dos años y medio, a menudo veinticuatro horas de un tirón, a veces borracho como una cuba, y una vez con una tremenda gastroenteritis (él, no yo). Guapo del montón, con los típicos rasgos de niño pijo y el pelo castaño y liso,

repeinado hacia atrás y engominado, como si fuese una especie de mini Gordon Gekko.

—¿Y eso qué implica? —Me volví justo a tiempo de pillar a Charlie mirándome el trasero embutido en una falda de tubo—. ¿Que no es solo un capullo, sino «el capullo»?

—Vamos, Kate. —Se sacó del bolsillo una pelota anties-trés y empezó a estrujarla con la mano izquierda—. Es una leyenda viviente. Calculó con extraordinaria precisión la crisis posterior al 11S, y apostó fuerte por valores financieros. Se la jugó, pero le salió bien. Todo revirtió en su beneficio. Todo, colega. Nervios de acero. El tío es multimillonario. —Charlie meneó la cabeza; los ojos le brillaban de admiración—. Aún no ha cumplido los treinta y cinco, y ya está en la cima. Se sale del puto mapa.

—Impresionante.

—Joder, Kate. Mírate, toda estresada. Échale un par, por una vez en tu vida. —Se pasó la pelota a la derecha y la hizo rodar por la palma, sonriendo con picardía—. Tú eres una chica lista.

—Gracias. —Volví a pulsar sobre la primera diapositiva revisada, ceñuda. Veinticinco por ciento. Nos iban a freír.

—No, en serio. Además, tú tienes una ventaja con respecto al resto de nosotros.

Arqueé una ceja y lo miré de nuevo.

—Ah, sí, ¿cuál?

—Tu físico, Kate. —Lanzó la pelota al aire y la atrapó con un hábil movimiento de la mano—. Tú eres lo primero que ven esos tíos cuando entramos en la sala. Deberías aprovecharlo.

—Por Dios, Charlie —dije con demasiada brusquedad. Noté cómo el cuerpo de Charlie se tensaba y sus dedos apretaban con fuerza la pelota.

—Oye, tía, ¿no irás a denunciarme o algo? —inquirió, de pronto aprensivo.

—No, Charlie. No pasa nada. Entre nosotros hay buen rollo.

Aflojó la mano y volvió a tirar la pelota al aire.

—Ahora en serio, ¿de verdad no te consideras atractiva?
—persistió, aliviado, por lo visto, de no tener que comparecer por acoso ante un tribunal. Hacía tres años, habíamos dedicado un día de nuestra preparación como analistas a un insufrible cursillo sobre sensibilidad de género, como si no nos hubieran dado bastante la lata con el tema en la facultad. A la mayoría de mis colegas les daba igual. Si había alguien capaz de despotricar del cutre ambiente de la banca de inversión seguro que no tenía cojones^[1] para terminar con tu carrera.

—Bueno, supongo que soy normalita —dije con prudencia, viéndome reflejada en el azul estéril de la pantalla del ordenador.

—No seas tan dura contigo misma. Te sales del tópico de la bibliotecaria sexy. —Se arrellanó en la silla y plantó sus untuosos zapatos negros en la refulgente caoba.

—¿La bibliotecaria sexy?

Se encogió de hombros.

—A algunos tíos les van esas gilipolces.

—Las que tú dices.

—¿Qué es lo que digo yo? —Se inclinó, sonriente—. Vamos, Kate, escúpelo.

Lo primero que se aprende en Wall Street: a seguir el juego.

—Que no dices más que chorradas, Charlie.

—¡Kate! ¿Acabas de soltar un taco?

—Chorrada no cuenta.

—Claro que cuenta. Es como gilipollez, pero en cursi.

—Muy chisposo, Charlie. ¿Te lo pusieron en el título de Harvard?

—Bromeaba, Kate. Nos encanta que subas el puto nivel de por aquí.

—Para eso estamos.

—Típico recato de Wyoming...

—Wisconsin. —Me llevé el vaso a los labios y di un buen trago.

—Lo que sea. Tú acuérdate de lo que te he dicho, cuando Laurence... ¡Mierda! —Retiró los pies de la mesa tan deprisa que casi se cae de la silla—. Ya están aquí.

Yo me puse en guardia, quemándome la garganta con el café. Me llevé la mano a la nuca para quitarme la goma con la que me había recogido el pelo, dejándomelo sujeto solo con una diadema fina de carey. No era la imagen de toda una profesional, pero tampoco —gracias, Charlie— la de la bibliotecaria fracasada. ¿Me había acordado del brillo? Junté los labios. Algo pegajosos. Listo.

Alicia entró primero, con la boca irremediabilmente crispada y la chaqueta desabotonada, exhibiendo un bronceado escote.

—Kate, estás aquí —espetó con fingido pesar—. Sintiéndolo mucho, voy a tener que pedirte que te marches.

Sentí algo de lo más extraño: vértigo, como si el inmenso suelo enmoquetado se hubiera desplomado bajo mis pies.

—¿Que me marche? —inquirí en voz baja—. ¿Cómo que me marche?

—Lo lamento. Los de ChemoDerma han mandado a un tío de más.

—Y Charlie, ¿qué? —susurré furiosa.

—Se queda. Charlie es... un poco más profesional. —Saboreó la última palabra sin molestarse en disimular la sonrisa.

Había soñado muchas veces con vengarme de Alicia. La mayor de mis fantasías era verla perder la cabeza y reventar el banco desde dentro, al estilo de Nick Leeson, pero con un wonderbra de poderío industrial. Salvo que ella no trabajaba en el parquet —no es ningún genio de las matemáticas— y mi regocijo por su extinción se veía ensombrecido por el hecho de que buena parte de mis 401.000 estaban en acciones de Sterling Bates. Y, además, me quedaba en